

## PARA JORGE EDUARDO EIELSON

*José Luis Bobadilla*

El primer poema de Jorge Eduardo Eielson que leí fue el siguiente:

escribo algo  
algo todavía  
algo más aún  
añado palabras pájaros  
hojas secas viento  
borro palabras nuevamente  
borro pájaros hojas secas viento  
escribo algo todavía  
vuelvo a añadir palabras  
palabras otra vez  
palabras aún  
además pájaros hojas secas viento  
borro palabras nuevamente  
borro pájaros hojas secas viento  
borro todo por fin  
no escribo nada

(Último poema de *Mutatis mutandis*, 1954)\*

\* Salvo en dos o tres casos, los años que acompañan a los títulos en que Eielson fue agrupando sus poemas, corresponden a la fecha en que éstos fueron escritos, y no al año en que aparecieron publicados. Para esta decisión, seguí el criterio de la recopilación española, que es la más completa de Jorge Eduardo Eielson, publicada desde el 2003.

Lo leí casi al principio de mis estudios universitarios —en una clase con el poeta argentino Hugo Gola— y desde ese momento me atrapó. Las palabras comunes, el tono directo, las acciones simples que se describen me sorprendieron por completo. No había una “emoción” o un “sentimiento” particular, tampoco una idea “ingeniosa”, y yo, que en ese momento carecía de toda relación con la poesía, pensé que “eso” no podría ser un poema. Lo que vino después fue tratar de entender que era esa “cosa” que se me imponía. Leí entonces *El diálogo infinito*, esa apasionante entrevista que le realizará Martha Canfield a Jorge Eduardo Eielson en una linda coedición de la Universidad Iberoamericana y Artes de México. Ahí vi también por primera vez las telas anudadas de Eielson —sus quipus contemporáneos—, me enteré de sus radicales incursiones en la pintura y los happenings, de su amor por el mundo precolombino, de su fascinación por la costa de Lima, de su relación con el zen, de su avidez por los descubrimientos de la física moderna, de su amor por Leonardo Da Vinci, de su afición desmedida por Charlie Parker y por la música de jazz en general, entre muchas otras cosas, como que había enterrado algunos objetos en distintos lugares con la intención de desorientar a futuros arqueólogos que intentarán interpretar la cultura de nuestro tiempo...

Fue entonces ese poema, leído muy al principio de mi formación —hace más de una década— que me llevó a una serie de descubrimientos y alegrías inesperadas. Fue el reconocimiento de mi enorme ignorancia y al mismo tiempo la posibilidad de salvarme por la vía de la curiosidad. Muchos de sus intereses pasaron a ser los míos y hoy se continúan de múltiples maneras. En la mañana, por ejemplo, antes de saber sobre su muerte, mientras me daba un baño, escuché una divertida pieza de jazz de Charlie Parker.

Mi tesis de licenciatura fue sobre la obra de Jorge Eduardo Eielson. Debo decir que en ese entonces encontrar información fue muy difícil, ahora afortunadamente existe incluso una exce-

lente página en internet dedicada al poeta peruano. Al igual que otros poetas latinoamericanos importantes como Javier Sologuren o Juan L. Ortiz, Eielson optó por la publicación de pequeñas ediciones de poesía. Esta posición, aunada a su autoexilio (llegó a Europa en 1948 y nunca dejó de vivir en ese continente hasta el pasado 8 de marzo), es indicativa, me parece, de un afán de resistencia, de mantener en su lugar las cosas significativas —su curiosidad, su intimidad, su libertad creativa— como si la única posibilidad para la difusión y prueba de calidad de la poesía estuviera en “las vías soterradas” de las que Emilio Adolfo Westphalen habló.

Son muchas las cosas que pueden decirse sobre Jorge Eduardo Eielson. Fue sin duda un continuador de las vanguardias artísticas históricas. Aunque perteneció a la reconocida “Generación del 50” en Perú, no participó en ningún grupo salvo por breves periodos. Su obra literaria —poemas, narraciones, ensayos, entrevistas, artículos, obras de teatro y otros textos inclasificables y a veces efímeros— es absolutamente original. Sus poemas recogidos en distintas ediciones tituladas *Poesía escrita* (Instituto Nacional de Cultura, Lima, 1976; Vuelta, México, 1989; Norma, Bogotá, 1998) hasta la última y más completa que conozco, *Vivir es una obra de arte* publicada en Madrid (Ave del Paraíso, 2003), son el reflejo de un largo proceso que pasó por distintos momentos desde un preciosismo y una imaginación compleja y honda como son los poemas de *Reinos* (1948), hasta llegar a poemas desnudos, de recursos simples, aunque no por ello carentes de palabras sabias, plenas de humor, a veces también cálidas, limpias, como en los poemas de *Sin título* (1994/1998). De sus primeros libros me gusta sobre todo *Habitación en Roma* (1952) —un libro de detalles fascinantes y de una enorme sinceridad—, de los últimos, *Celebración* (1992), y dentro de éste, el poema “Gardalis”. Me recuerda —y no exagero— “El cántico del sol” de Francisco de Asís. Ese poema de amor incontenible que como una mancha

lo va abarcando todo, incluso a uno mismo, y nos revela que somos “una sola cosa”... En “Gardalis” Eielson escribió “Puesto que yo soy el ciervo / pero también el arroyo”. Unas líneas muy próximas, no por esto menos certeras, efectivas, a estas otras de Walt Whitman, “puesto que cada átomo que me pertenece, te pertenece a ti también...”

Quisiera precisar por último, algo que ya dije un poco de paso, pero que considero importante, que dentro de la poética de Eielson, la poesía constituía un universo amplio que podríamos quizá llamar “experiencias del lenguaje”, pero que fundamentalmente era una relación con la vida, la vida que se vive todos los días con sus pequeños sucesos, aunque no en un sentido romántico o fácil. Sino la vida como una forma del arte, “eso” que contiene las experiencias más intensas de los hombres. Eielson dedicó una energía entusiasta —permanente— para hacer de su propia vida, una obra de arte... Cito:

MC. En apretada síntesis yo diría que toda tu obra plástica y literaria, todo tu pensamiento creativo y tu reflexión sobre la realidad en que vivimos constituye una realidad armónica y articulada, un tejido de relaciones interactivas y, a la vez, una incesante confutación, primero y gradualmente de tus propios instrumentos expresivos, y en definitiva de la misma realidad. ¿Estás de acuerdo?

JEE. ¡Todo eso me parece demasiado! Porque nunca he buscado algo así. Todo ha sucedido solo, en la más pura inconsciencia, como el fluir del Tao. Y como tal creo que todo eso, tanta pequeña batalla, perdida o ganada, tanta incesante curiosidad, tanto afanoso quehacer, todo, en fin, regresará a la nada.

MC. Que es la única realidad del universo.

JEE. Sí.

MC. ¿Es por eso que has dispuesto la dispersión de tus cenizas en el espacio cósmico, con la ayuda de una nave espacial, conforme me dijiste recientemente?

JEE. Sí. Como algunos otros artistas, que yo admiro y quiero muchísimo, yo también he intentado hacer de mi vida una obra de arte. No creo haberlo logrado. Tercamente, intentaré hacer por lo menos de mi muerte una obra de arte. Es mi última posibilidad. (*El diálogo infinito*, 1999).

Léanse estas líneas como un reconocimiento a un trabajo excepcional, además de ser un agradecimiento por las generosas contribuciones de Jorge Eduardo Eielson al cuerpo de textos, que integran y han integrado, esta revista.

